



## CAPÍTULO VIGÉSIMO-SÉPTIMO

El diez y ocho de Brumario y fin de la Revolución francesa

La Revolución francesa estaba en sus postrimerías. Todas las energías que la produjeron ó que ella provocara, se habían gastado en aquella interminable serie de trastornos, convulsiones, persecuciones y venganzas. El pueblo le había vuelto la espalda, dejando de concurrir á los comicios y de interesarse en los asuntos públicos. Lo primero para los pueblos como para los individuos es vivir, y la vida se había hecho imposible con los gobiernos revolucionarios. Del uno al otro confin de Francia no había mas que un solo deseo, ferviente, universal, el deseo de orden, de seguridad y de reposo. Esta aspiración aumentó todavía desde el golpe de Estado de treinta de Prairial, que dió el predominio á los jacobinos. Jacobina era la mayoría en ambos Consejos; jacobina, la mayoría en el Directorio; jacobinos, la mayor parte de los ministros que se nombraron ahora, á despecho de Sieyes. Á Guerra fué Bernadotte; á lo Interior, el antiguo jacobino Quinette; á Policía, Bourguignon, jacobino é incapaz; á Hacienda, Roberto Lindet, de la época del Terror; á lo Exterior, el incoloro Reinhard, y se confirió al general Morbot el mando militar de París. El único de los nuevos ministros que coincidía en ideas con Sieyes era Camboceres, que se encargó del ministerio de Justicia.

Con el predominio de los jacobinos, reaparecieron los proyectos terroristas. El ministro de Policía, Bourguignon, dió como la señal declarando á las autoridades, en circular dirigida á los departamentos, que se devolviesen todos los empleos á los patriotas, expul-

sados de ellos hacia diez años, y que los republicanos aplicasen toda su energía á proteger la libertad de la Prensa, provocar la formación de sociedades populares y apresurar la leva de nuevos batallones. En todas partes resurgieron los antiguos clubs, muchos de los cuales se pusieron en lucha ardiente, á veces sangrienta, con los ciudadanos. El de París se inauguró la primera semana de Julio, en el local que habían ocupado sucesivamente la Constituyente, la Legislativa, la Convención y luego los Quinientos, el *Manege* real, inmediato á las Tullerías; nombró presidente, secretarios, comisiones y estableció correspondencia con todos los de provincias, sin embargo de prohibirle la ley. Las sesiones se abrían cantando la «Marsellesa», y luego se imponía silencio con un redoble de tambor. A ellas concurrían varios representantes del país y notables generales, del brazo con Drouet, Lepelletier y Bouchotte, antiguo ministro de la Guerra. Los diputados Desfresu y Moreau desempeñaron sucesivamente la presidencia, con menosprecio de las prescripciones legales. El trece de Julio se celebró un banquete patriótico, con asistencia de varios representantes y de los generales Jourdan, Augereau, Championnet y el ministro de la Guerra, Bernadotte, y en el que Jourdan brindó, en medio de frenéticas aclamaciones, por la reaparición de las picas del noventa y dos. El club llevó la perturbación á las calles. Numerosos grupos de clubistas recorrían los cafés más frecuentados; preguntaban á los asistentes por sus opiniones políticas, y maltrataban á aquellos cuyas respuestas no les satisfacían. Tamaña osadía irritó á los burgueses, que á su vez se armaron y se lanzaron á la calle, promoviéndose frecuentes reyertas entre los opuestos bandos, que se acometían á los gritos de «¡Abajo los jacobinos!» «¡Abajo los chuanos!». El doce de Julio libraron en las inmediaciones de las Tullerías una verdadera batalla, de la que resultaron dos muertos y varios heridos. Si esto pasaba dentro de París, puede juzgarse de la intranquilidad con que se vivía en los campos. A los antiguos chuanos, á los malhechores de profesión, á los conscriptos refractarios transformados en bandidos, iban á unirse á docenas jóvenes de familias ricas y nobles, como en las compañías de Jesús del noventa y cinco; y no pasaba día sin que se oyese hablar de diligencias y postas detenidas, de cajas públicas robadas, de magistrados republicanos y compradores de bienes nacionales asesinados. Para acabar con este bandolerismo, la mayoría jacobina de los consejos votó el doce de Junio la terrible ley de los rehenes, por la que se prescribía que, tan pronto como un departamento fuese declarado en estado de perturbación, se prendiese á todos los nobles, y por cada asesinato que cometieran los chuanos, se deportase á cuatro de estos rehenes: el que esquivase el arresto ó se fugase de la cárcel sería inscrito en la lista de los emigrados, como si dijéramos, condenado á la pérdida de los bienes y á la guillotina. No se dictó en la época del Terror ninguna medida excepcional tan dura é injusta como esta ley. Por ella, la potestad de castigar á los supuestos cómplices de todos los crímenes de tendencia política se transfería de los tribunales á la Administración, y se entregaba á este poder

discrecional, no sólo á individuos personalmente acusados ó sospechosos, sino á categorías enteras de personas, sin distinción de inocentes ó culpables.

No menos arbitraria y violenta fué la ley, votada el seis de Agosto, regulando el reparto del empréstito forzoso. Disponíase en ella que en cada cantón se nombrase una comisión para clasificar á los contribuyentes, y otra en cada departamento para recibir y examinar las reclamaciones, compuestas una y otra de ciudadanos pobres, exentos por su pobreza del empréstito. Este había de repartirse conforme á las siguientes bases: los ciudadanos que pagasen de trescientos á cuatrocientos francos de tributo, contribuirían al empréstito por las tres décimas de su cuota contributiva; los que pagasen de cuatrocientos á quinientos francos, por las cuatro décimas, y así sucesivamente, hasta los que pagasen de tres mil á cuatro mil francos, quienes contribuirían por las veinte décimas. Quedaban exentos del empréstito los contribuyentes por menos de trescientos francos. El que no pagase en el plazo de diez días incurría en la pena de arresto y de confiscación de bienes. Para apreciar la iniquidad de esta ley, basta fijarse en que, suponiendo que la contribución territorial importase el quinto de la renta, el propietario de dos mil francos de renta, después de haber pagado la contribución y el empréstito, se guardaba aun mil cuatrocientos ochenta francos; el de veinte mil francos de renta, ocho mil; el de cuarenta mil francos, no más que dos mil, quedando este último reducido á la misma situación de fortuna que su vecino de dos mil francos de renta. Resultado no menos irritante é injusto era, que los departamentos de suelo poco fértil habían de contribuir en cantidad mucho mayor que los de suelo feraz. El departamento de los Landes, por ejemplo, el más estéril de Francia, hubo de pagar de empréstito los dos tercios de su impuesto rústico, al paso que el de los Vosgos, uno de los más feraces, no más que un tercio.

A nadie se le ocultaba cuál era el fin que perseguían los jacobinos: restaurar la edad de oro del noventa y tres para el proletariado de las ciudades y para sus jefes demagógicos. No tardaron en advertirlo Sieyes y sus amigos, y desde entonces no vacilaron un instante en romper con sus aliados del treinta de Prairial, no obstante los peligros que esto entrañaba. El primer paso hacia la ruptura lo dieron el veinticinco de Julio, en un mensaje del Directorio al Cuerpo legislativo, quejándose de que las calumnias de la prensa jacobina contra Prusia, Holanda y España perturbaban cada día más las buenas relaciones de la República con dichas potencias. El Consejo de los Ancianos tomó con resolución la causa del Directorio, sancionando el veintiséis de Julio el acto de sus inspectores, que habían expulsado á los jacobinos del salón del *Manege*, y dirigiendo el treinta y uno del propio mes un mensaje al Directorio, exhortándole á proceder enérgicamente contra los perturbadores del orden público. Sieyes y Barras se habían adelantado á esta excitación substituyendo á Marbot por Lefevre en la comandancia de París, y á Bourguignon por Fouché, antiguo amigo de Barras, en el ministerio de Policía. Este Fouché, el desalmado

terrorista de Lyon, reunía relevantes cualidades para su nuevo oficio: un don especial para descubrir lo que era inútil ó irregular; un golpe de vista extraordinario para discernir los lados débiles y malos de los hombres, y carencia absoluta de escrúpulos acerca de los medios, no reparando en utilizar los peores con tal que le condujesen á la consecución del fin. Benévolo y afable con sus subordinados, condescendiente con sus iguales, flexible, sin dejar de ser firme á veces, con sus superiores, era, por todas estas circunstancias, instrumento cómodo, aunque no seguro, del despotismo. El cuatro de Agosto envió al Directorio, y éste remitió á los Consejos, una comunicación contra el club de los jacobinos, á los que acusaba de violar la ley á diario nombrando presidentes, secretarios, comisiones y manteniendo comunicación con las sociedades de provincias. Este mensaje desagradó á los Quinientos y mucho más á los clubistas, que acordaron, después que hubieron desahogado su cólera en denuestos contra Fouché, elevar al Cuerpo legislativo el programa del partido, en el que consignaron todas las aspiraciones del noventa y tres: restauración del espíritu democrático en el gobierno, garantías para la libertad de las sociedades populares, derogación de todas las leyes anticonstitucionales, educación igual y común para todos los niños, adjudicación de tierras á los soldados, talleres públicos para los pobres, que solamente los ricos sostuviesen los gastos de la guerra y otros extremos semejantes. La fiesta del diez de Agosto, aniversario de la caída de la monarquía, vino á dar nuevo pábulo á las pasiones políticas. Como presidente del Directorio, Sieyes hubo de pronunciar los discursos de rúbrica, en los que ensalzó la libertad republicana, pero exhortó á no consentir que fuese de nuevo perturbada por los odios de partido y por el terror. «Sabemos, dijo, que sus falsos amigos, que tan descaradamente levantan hoy la cabeza, sólo piensan en apoderarse una vez más del gobierno; pero ya sabéis, franceses, cómo esta gente quiere gobernar.» A la misma hora, un tal Giroux hablaba en los jacobinos, llegando en su discurso á esta enérgica conclusión: «Si el poderío de los criminales pone trabas á la justicia de las leyes, les queda á los patriotas el recuerdo del diez de Agosto, de la administración popular y de la justicia de los cañones». Después de un llamamiento tan claro á la revolución, el gobierno no vaciló: el trece prohibió las sesiones del club y mandó cerrar el local.

A la sombra de estas divisiones, la situación del país iba empeorando. Los apuros económicos eran cada día mayores. No tenía Roberto Lindet una vatita de la virtud, para hacer brotar del suelo esquilado nuevas fuentes de riqueza. Se vivía al día, gracias á los pocos impuestos que entraban con gran trabajo, y siempre con la amenaza de morir al siguiente. No hay que decir lo que este desbarajuste alentaba á los enemigos de lo existente. Desde los días de la gran Vendée, no se había visto á los realistas tan fuertes y osados como ahora. Desde que Bernadotte retirara la mayor parte de las tropas destinadas á guardar el orden público, las partidas realistas se trocaron en ejércitos, á los que

Inglaterra proveía de dinero, de armas y de oficiales emigrados. Con verdad decía el Directorio en los mensajes á los Consejos: «No se trata ya de partidas; esto es la guerra civil». En el Mediodía los insurrectos, en número de diez y seis mil, se dividieron en tres cuerpos, que ocuparon varias pequeñas ciudades y llegaron á amenazar la importante plaza de Tolosa. En el Oeste, partidas de chuanos infestaban todos los departamentos, desde el Loira hasta la frontera belga; tenían cortadas las relaciones postales con París, y sorprendían á diario á las guardias nacionales y á la tropa regular. He aquí el fruto de la política jacobina. La brutal ley de los rehenes, lejos de perjudicar á la insurrección, la favoreció, lanzando al campo á las personas por ella amenazadas.

El veintiuno de Agosto, el Directorio pidió á los Quinientos una severa ley sobre la Prensa, fundándose en que no puede sostenerse un gobierno cuando se insulta diariamente á sus jefes. La petición fué rechazada por culpa del Centro, flojo, irresoluto y hasta servil, como el famoso de la Convención, que retrocedía ante cualquier medida enérgica. Pero Sieyes y Fouche no se acobardaron, acudieron al rico arsenal de la legislación revolucionaria, y con la ley de Fructidor en la mano deportaron á la isla Oleron á sesenta y seis periodistas, y luego, en virtud del artículo ciento cuarenta y cuatro de la Constitución, metieron en la cárcel á los redactores de ocho periódicos y sellaron sus prensas. Estas medidas desencadenaron en los Quinientos furiosa tempestad. Briot calificó de tiranía ilegal y repugnante la persecución contra la Prensa; acusó á Sieyes de tener una nueva Constitución en un bolsillo y en el otro un tratado de alianza vergonzoso, y propuso que la comisión presentase en el plazo de tres días informe sobre la conducta del Directorio. La tempestad se resolvió en un poco de viento, por la actitud del mismo grupo conciliador, que no quiso autorizar ahora actos hostiles al gobierno, como antes no había querido poner límites á la libertad de la Prensa. Tomaron los Quinientos el partido de regatear recursos al gobierno, sin que les hiciese variar de este propósito la noticia de la muerte de Joubert y de la derrota de Novi. A las peticiones del Directorio, contestaban predicando orden y economía y denunciando los abusos de los abastecedores, de «esas sanguijuelas, decían, que debían restituir varios millones á la República». El desembarco de los anglo-rusos en Holanda y la pérdida de la flota batava, que se supieron en París el diez de Septiembre, lejos de avivar en los jacobinos el sentimiento nacional y llevarlos á reconciliarse con el gobierno para salvar juntos á la patria, exacerbaron su fanatismo al extremo de creer que había llegado la ocasión más propicia para realizar sus planes. Torrentes de acusaciones lanzaron contra el Directorio en los Quinientos. Briot pidió que se le obligase á presentar, en el plazo de tres días, una comunicación sobre la situación del país, y que en el mismo plazo la comisión de los Siete propusiese medidas enérgicas. Ambas proposiciones fueron aprobadas. Pero ni Sieyes ni la comisión estaban dispuestos á complacer á Briot y á la mayoría de la Asamblea. Entonces, los jacobinos resolvieron

obrar por sí mismos, siendo Jourdan el que se encargó de presentar el trece de Septiembre la proposición definitiva. El vencedor de Fleurus, que después de haber contribuido al triunfo de Prairial se veía condenado á vergonzosa inacción por parte de Sieyes y de Barras, se arrojó desengañado en la extrema izquierda, en las últimas capas de la demagogia, que consideraba como Augusta á causa de su supuesta energía. Empezó por acusar á los antiguos directores de traidores con el país, por su conducta en Italia, en Holanda y en Helvecia, «tan feliz en otro tiempo»; habló luego de la triste situación de la República, de la sublevación de los realistas y de la opresión de los verdaderos republicanos. «Saiid de vuestro sueño de muerte, les gritó á éstos; sólo pueden salvarnos el castigo de los traidores y de los muñidores de bolsa, la destrucción de los enemigos de la libertad y el ardor de los patriotas. A todas las excelentes proposiciones de éstos, se ha contestado con el grito de guerra á los jacobinos. En sus peticiones de castigo á los concusionarios, se ha visto una tentativa para volver á levantar los cadalsos del noventa y tres; en su deseo de tener una administración firme y regular, una tendencia hacia el gobierno revolucionario; en sus acusaciones de conspiración realista, una tentativa para derribar la Constitución. Y el ministro de Policía los persigue, y el Consejo de los Ancianos toca á rebato la campana de la reacción. Maldito sea este sistema de báscula del Directorio, que resiste alternativamente á los enemigos y á los amigos de la libertad. Con los últimos tan sólo debe aquél hacer causa común; acabe la calumnia, que acusa á ciertos diputados de querer volver á la Convención y al Terror. Uníos otra vez á los republicanos enérgicos, dadles empleos, dejad libres, enteramente libres, á los clubs y á la Prensa, y Francia se levantará como un solo hombre y afluirán á vuestras manos los dones patrióticos. La miseria y el déficit desaparecerán, y la coalición de los reyes caerá hecha polvo á los pies de la República, radiante de victorias». Este discurso fué de gran efecto. El partido moderado apeló á toda su energía para rechazar el ataque, que iba derecho al corazón de la situación. Luciano Bonaparte, partiendo también de la miseria del Estado, llegó á una conclusión diametralmente opuesta á la de Jourdan, á la conclusión de que el socorro y la salvación sólo podían conseguirse mediante el robustecimiento del poder gubernamental. «No hay que vacilar, exclamó dirigiéndose á los jacobinos: ó dais atribuciones más extensas al Directorio, ó lo derribáis para poner otro gobierno en su lugar; si persistís en negarle los medios de gobernar, todas vuestras protestas de fidelidad á la constitución son huera palabrería». En el mismo sentido se expresaron Chenier y Daunou, de cuyos sentimientos republicanos no se podía dudar. La Asamblea fatigada aplazó la discusión para el día siguiente.

Mientras tanto, el Directorio no se estaba dormido. Alentado por Massena, que se manifestaba resuelto á no seguir en su puesto sino se destituía á Bernadotte, separó á éste del ministerio de la Guerra de una manera desleal y artera, tomando pretexto, para acep-

tarle la dimisión, del deseo de volver al servicio activo que el general expresara á Sieyes en conversación particular. «Aceptáis una dimisión que no he presentado», les respondió indignado Bernadotte. La noticia de esta destitución llegó al Consejo de los Quinientos el catorce de Agosto, cuando se estaba discutiendo la proposición de Jourdan, y conmovió violentamente á los jacobinos. Jourdan tomó otra vez la palabra. «El patriota Bernadotte ha sido destituido». — «¿Qué nos importa?», interrumpieron varias voces. — «Si esto significa el comienzo de un golpe de Estado, siguió diciendo Jourdan, juremos que solamente la muerte nos impedirá cumplir con nuestro deber. Pido que nos constituamos en sesión permanente». Estas palabras promovieron espantoso y largo tumulto. Al cabo, Garrau sube á la tribuna y grita con voz retumbante: «Vigorousos republicanos, refugiaos, si se os persigué, bajo la protección de las leyes: si estas no os defienden, ¡ah!, entonces tenéis brazos y espadas». Un nuevo tumulto le impidió continuar. Luciano Bonaparte terció. «Acordaos, dijo, que hay una ley que condena al exterminio al que ose poner la mano sobre la representación nacional: nadie piensa en un golpe de Estado». La proposición de Jourdan fué rechazada por una gran mayoría. La derrota de los jacobinos era completa. El suelo se hundía bajo sus pies. El sucesor de Bernadotte, Dubois Crancé, fogoso montañés en otro tiempo, era docil instrumento de la política de Sieyes; el Consejo de los Ancianos les era cada día más hostil; sus recientes violencias les habían enagenado en los Quinientos el apoyo de los diputados indecisos del centro, que le habían dado la mayoría, y el pueblo, no digamos, les miraba con horror y espanto, sin exceptuar las mismas clases obreras.

A fines de Septiembre, comenzó á despejarse el horizonte en lo exterior. Recibióse la noticia de la victoria de Brune cerca de Bergen; luego, la más importante de Massena en Zurich; una semana después, la de los brillantes combates sostenidos por Bonaparte contra los turcos. París respiró, libre de la pesadilla de ser atacado por Suwarow y sus cosacos. Esto no obstante, continuó el general convencimiento, lo mismo en los gobernantes que en los gobernados, de que no era posible mejora radical bajo el régimen de la Constitución del noventa y tres. Orden, seguridad en las personas y en los bienes, comercio, comunicaciones pedían todas las clases; precisamente lo que aquella Constitución no podía dar. «Lo que nos hace falta es un gobierno fuerte», oíase decir á los que se hallaban al frente de los negocios; y Sieyes repetía: «En lugar de todas estas bravatas, necesitamos de una cabeza y de una espada.» La cabeza era la suya, le faltaba la espada; se dedicó á buscarla. Tanteó primeramente al general Moreau, que había sido llamado á París, proponiéndole la dictadura para salvar el orden; Moreau, circunspecto é indeciso, eludió empresa tan peligrosa. Entonces instó á los hermanos de Bonaparte á enviar á Egipto un griego, llamado Bourbaki, para apresurar la vuelta del general siempre victorioso.

Sieyes veía bien y obraba como previsor gobernante. La República moría de consunción. Las múltiples y fidedignas comunicaciones oficiales redactadas un año más tarde por personas pertenecientes á los diversos matices políticos, acerca de la situación en que se hallaban las diferentes regiones de la República, nos presentan en todas partes el hambre y el dolor, la devastación y la ruina, el abandono y el caos, junto con la sombría indiferencia de las poblaciones para las palabras que expresan los más grandes tesoros morales, como gloria, libertad, patria. No les quedaba á los ciudadanos otra aspiración que la de vivir, poder considerar como suyos su casa, su campo y los frutos de su trabajo, tener una escuela para sus hijos, una iglesia para consuelo de su alma. Porque la Revolución se lo había arrebatado todo. De la industria sólo quedaban vestigios. En Lyon no trabajaban más que cuatro mil oficios, en vez de los nueve mil de antes; y las fábricas de paño de l'Eure, las manufacturas de tela de Bretaña, los talleres de encages de Valencienes y de Normandía habían desaparecido. El comercio agonizaba, como la industria. La guerra con Inglaterra había cerrado los mares é interrumpido las relaciones con las colonias; en las costas de Bretaña, de Normandía y del Norte, la navegación y la pesca estaban arruinadas, y en todo el litoral los puertos se obstruían, los canales se cegaban y las orillas bajas de los ríos se trocaban en pantanos. De los caminos, gracias que se conservasen las huellas, y acababa de dificultar las comunicaciones en lo interior del país el bandolerismo, que infestaba todas las comarcas. Acerca de la instrucción pública, excelentes leyes sobre el papel, completo abandono en la realidad. Contadas eran las escuelas que se habían abierto en los departamentos, y generales las quejas sobre la ignorancia, la tosquedad y la embriaguez de los maestros. En las escuelas centrales, sólo asistía la juventud á las clases que preparaban para desempeñar en la industria plazas bien retribuidas. El nivel de la cultura intelectual descendía sensiblemente. En los asilos y hospitales, los desgraciados viejos y enfermos comían mal, vestían harapos y dormían en camas sucias y miserables. Privaciones mucho mayores aún padecían los niños huérfanos, cuya cifra creció al punto de contarse en muchos departamentos mil seiscientos, dos mil y hasta dos mil quinientos; las nueve décimas partes de ellos morían de hambre. De administración no hablemos; como no se pagaba á los funcionarios sino tarde y mal ó nunca, llegó el caso de no haber candidatos para los cargos en otro tiempo tan solicitados. Tribunales hubo que suspendieron sus funciones por no pagarse á los jueces. El Directorio no sólo no había remediado ninguno de los males que heredara de los thermidorianos, antes los había agravado todos. Para ensayo bastaba ya; urgía reemplazarlo.

¿Con qué? Necesariamente, con la dictadura. ¿Y el dictador? El pueblo se encargó de buscarlo. No habiendo en el Directorio ni en los Consejos ningún nombre bastante popular y autorizado en el que fijarse la opinión, el pueblo volvió los ojos hacia el joven general que había alcanzado tan brillantes victorias é impresionado tan vivamente las imagi-